

Roberto Arlt en Francia

Nadie pareció escandalizarse cuando, en el marco de un seminario sobre Roberto Arlt organizado por el «Centro de estudios de las literaturas y de las civilizaciones del Río de la Plata», se afirmó sin la sombra de una duda que «la narrativa de Arlt anticipa en varios años el sub-mundo y la temática de Louis Ferdinand Céline» y que las angustias existenciales de Erdosáin, el antihéroe de *Los siete locos* y *Los lanzallamas*, preceden a las del profesor Roquentin, protagonista de *La náusea* de Jean Paul Sartre. Por el contrario, los asistentes a ese seminario abundaron en informaciones complementarias, coincidieron en fechas y concluyeron unánimemente en que Roberto Arlt es uno de los escritores más importantes de América Latina y que debe ser leído y estudiado con atención en Europa.

Este reconocimiento académico culmina una serie de traducciones en Italia, la reedición de sus obras en España y la realización de un seminario, una mesa redonda y un coloquio sobre su obra en Francia, donde una reciente traducción al francés de *Los siete locos* a cargo de Antoine Berman, ha sido saludada por la crítica como un verdadero acontecimiento literario.

Sin haberse puesto de acuerdo todos han coincidido en la importancia de un escritor que, si bien había gozado de una gran popularidad en vida, no siempre había sido aceptado como el fundador de un tipo de literatura rioplatense que ahora tiene indiscutidos representantes de calidad como Juan Carlos Onetti o Ernesto Sábato.

En el seminario que sobre Roberto Arlt organizó el Centro de Investigaciones Latinoamericanas de la Universidad de Poitiers, que dirige el profesor Alain Sicard, se llegó a decir que el año 1926 fue un año decisivo para la literatura argentina. En esa fecha se publican *Los desterrados* de Horacio Quiroga y *El juguete rabioso* de Arlt. Estos dos libros, a juicio de Gerardo Mario Goloboff, fundaron una nueva literatura y clausuraron otra, cuyas expresiones fueron en ese mismo momento el *Don Segundo Sombra* de Güiraldes y el *Zogoibi* de Enrique Larreta.

Arlt inauguró, pues, una corriente de anticonformismo iconoclasta, no siempre bien recibido y generalmente mal comprendido. Un desajuste existencial de raíz libertaria sustituyó a los tradicionales valores de la amistad, el respeto de la vida propia y ajena, las nociones de la propiedad y la familia. Capítulos de *El juguete rabioso* como el del robo de la biblioteca y el del fallido incendio de la librería, anunciaron la tarea de demolición del mundo establecido que habría de proseguir con sistemático empeño Arlt en el resto de su obra novelesca y cuyos méritos nadie parece discutir ahora.

Arlt resulta ser además un escritor profético. Maryse Renaud sostuvo en Poitiers que «los puntos de vista múltiples, los monólogos interiores, el reflujo neonaturalista

y existencialista de la novela europea de la postguerra del 45 ya habían aparecido en *Los siete locos* y en *Los lanzallamas*. Su lenguaje es, por otra parte, sistemáticamente estudiado por el profesor Paul Verdevoye, quien ha preparado un «pequeño diccionario de porteñismos» utilizados por Arlt en su narrativa y en su obra teatral (*).

Por su parte, el profesor Nicasio Perera San Martín que dirigiera el Seminario del Centro de Estudios del Río de la Plata, ha redefinido al autor de *El criador de gorilas* insistiendo en su carácter de «escritor disidente» y en la «reivindicación feroz que hizo de la independencia del escritor». Situando a Arlt más allá del tradicional esquema de los grupos de Florida y Boedo en que se ha dividido siempre al movimiento literario de la época, Perera San Martín ha definido las novelas de Arlt como «auténticos nudos neurálgicos» cargados de contradicciones, de patetismo y de angustia. El «discurso» de Arlt resulta así genuinamente latinoamericano y, sobre todo, «independiente» en la medida en que plasmó en su obra «una cosmovisión personal del mundo».

Estas virtudes con que se lo inviste y las serias valoraciones que merece su obra, tal vez hubieran hecho sonreír burlescamente a Roberto Arlt, siempre dispuesto a la ironía sangrienta cuando los demás hacían su crítica o su elogio. Pero no hubiera podido evitar lo que parece un hecho indiscutido: queriendo destruir las academias, Roberto Arlt termina consagrado por las universidades; profundamente enraizado en su medio local, termina siendo un autor universal, cosas que generalmente sólo suceden a los buenos escritores, aunque para ello tengan que pasar más de cincuenta años.

Fernando Ainsa

André Maurois y España

Anglófilo por formación y gustos, su gran conocimiento y admiración por la cultura grecolatina no llevó, sin embargo, a Maurois a una particular atención o preferencia por lo mediterráneo. En su mapa cultural, el sur europeo ponía la nota de lo exótico y pintoresco. Aunque el autor de *Climas* valorara en todo su alcance la aportación de los países meridionales a la civilización generada por el viejo continente, estimaba que ésta en su estado moderno y contemporáneo se había troquelado especialmente en el

(*) Incluido en Seminario sobre Roberto Arlt, *actas publicadas por el Centre de Recherches Latino-Américaines de l'Université de Poitiers*; 1981; 186 págs.

molde de las naciones septentrionales. Excelente conocedor, como es bien sabido, del movimiento romántico, la presencia del mediodía europeo en las infinitas páginas salidas de su incansable pluma será justamente en dicha etapa cuando la figura del sur se haga más intensa, como veremos a propósito de su visión de España.

En el marco de las historias generales de Inglaterra, Norteamérica y Francia que tienen a Maurois por autor, la fisonomía de aquélla no aparece excesivamente perfilada en sus contornos y capítulos esenciales, aunque sí lo suficiente para considerar la reciedumbre, la gravedad y el orgullo como los rasgos sobresalientes de su carácter y temperamento. Tanto la hegemonía de Gran Bretaña como la de Francia se edificaron en lucha abierta contra la supremacía hispana y es lógico que las cualidades manifestadas por nuestra patria en este horizonte bélico sean las más destacadas por el judío Emile Herzog, que popularizara uno de los seudónimos de mayor audiencia durante varias décadas de la literatura universal.

Los destinos contemporáneos de nuestro país en la Guerra de la Independencia, que tan honda y prolongada secuela dejara en ellos, era también natural que el conocimiento de la historia y cultura españolas durante la primera mitad del siglo XIX acentuara las características que, según el autor de *Disraëli*, definían la esencia más profunda de lo hispano. Para nacionales y extranjeros, el romanticismo español es criatura o al menos heredero directo de la lucha épica contra Napoleón. Y los rasgos de dureza, altivez e individualismo que habían conformado gran parte del despliegue de lo hispano en las centurias anteriores se reforzarían, según tal visión, con la «francesada», continuándose con las guerras civiles del ochocientos.

Por desgracia, el contacto del novelista y ensayista normando con España fue más libresco que personal; y aun el primero fue muy reducido y de escaso calado, si bien conociera a fondo *El Quijote* y amara cordialmente a su caballeroso e infortunado héroe. Atisbada muchas veces desde el mar o el aire la Península —cuyas tierras ocres tanto le impresionaran—, la única estancia en ella en el colmado cuaderno de viajes de Maurois se registra en la primavera trágica de 1936 y como tantas otras estadias fugaces de relevantes personalidades intelectuales foráneas su escala se redujo al perímetro de la gran metrópoli cultural de Barcelona. Años adelante, nuestro país volvería a ocupar su interés personal al buscar su mujer refugio en él durante la ocupación nazi del territorio francés. Un lector —militar...— del ya mundialmente traducido biógrafo facilitaría con extremada amabilidad el tránsito de madame Maurois hacia el continente promisorio.

Uno de los estudios biográficos más cuajados de este envidiable divulgador de la historia literaria y política anglofrancesa de la Edad Contemporánea es sin duda el consagrado a la dionisiaca figura de Víctor Hugo. La sentida hispanofilia del gran poeta gana plenamente a su biógrafo en los capítulos empeñados en reconstruir con trazos de gran poder de evocación la infancia de Hugo. El viaje de éste en compañía de su madre para reunirse en Madrid con su marido, la residencia en la corte josefina y, sobre todo, el azaroso camino de retorno, se pintan, en verdad, con paleta maestra, leve y sugerente a un tiempo. La comprensión hacia el vencido, la simpatía íntima hacia su causa y su dignidad visible en la mente prodigiosa del mayor de los hijos del general Hugo, es

plenamente compartida por Maurois, no obstante su ardiente y nunca desmentido chauvinismo.

«La generala Hugo, condesa de Sigüenza, viajaba rodeada de respeto. Su calesa, inmensa carroza rococó de seis caballos o mulas, alquiladas por dos mil cuatrocientos francos para todo el viaje, era la mayor de todas, y las duquesas españolas debían cederle el paso. Esto enorgullecía extraordinariamente a los tres hombrecitos. Víctor se enamoró enseguida de España, tierra de contrastes; paisajes tan pronto sombríos como sonrientes; el golfo de Fuenterrabía, que brillaba a lo lejos como pedrería; el primer pueblo que vio: Hernani, noble, altivo y severo, y los pastores castellanos en cuyas manos el cayado parecía un cetro. Ya en la frontera, Irún, con sus casas negras, calles estrechas, sus balcones de madera y sus puertas de fortaleza, había maravillado al niño francés, acostumbrado a las camas estrelladas, los sillones de cuello de cisne y los morillos en forma de esfinge, con bronce dorados, miraban con una especie de terror las camas con dosel, las vajillas de plata minuciosamente labradas y rechonchas, y las vidrieras emplomadas. Pero hasta aquella sensación de terror le agradaba. En cambio le resultaba desagradable el chirrido doloroso de las carretas españolas. Jamás podría olvidar el grave y rudo idioma español [...]. En las iglesias, veía extrañas imágenes, san-grientas unas y otras vestidas de oro, y relojes con figuras burlescas y fantásticas. Los monstruos en España están mezclados con la misma vida. Los mendigos de Goya y los enanos de Velázquez circulan por las calles. Alrededor del convoy bullía una corte de milagros. Su memoria se pobló de «caricaturas abigarradas», de siluetas inquietantes que se perfilaban en la cima de los roquedales, de bandidos fusilados al borde de las carreteras. Lo que le contaban completaba las imágenes. Visiones terribles. Se decía que el general Hugo había ordenado arrojar por la ventana a unos españoles desertores, que se estrellaron contra el suelo; sus soldados habían exterminado a todos los frailes de un convento. Decíase también que, en cuanto a los insurrectos, torturaban a las mujeres y a los niños; les arrancaban las entrañas y les quemaban vivos. Emboscados en los desfiladeros, los guerrilleros acechaban el convoy [...]. El viaje de vuelta, con un convoy escoltado, fue largo y atroz. Los niños presenciaron espectáculos abominables: patíbulos; un hombre al que iban a dar garrote vil, una cruz en la que estaban clavados los miembros ensangrentados de un ajusticiado hecho pedazos. Un viaje siniestro. En cambio, Víctor se llevaba de España otras imágenes que le parecían nobles y bellas. Comprendía, aunque oscuramente, que aquel pueblo rechazase a los franceses [...]. En cuanto a esa mezcla de grotesco y sublime, y a esa altivez un poco teatral que había observado en los rostros de los antepasados, en el palacio Masserano y en sus condiscípulos en el colegio, eran muy de su agrado.

España siempre ha atraído a los franceses porque conserva, en estado primitivo, las pasiones que la vida de sociedad han debilitado entre nosotros [...]. Corneille, al tomar prestado *El Cid* de los españoles, tocó el corazón de los franceses del tiempo de Luis XIII. El joven Víctor Hugo, a partir de aquel viaje, se sentirá perseguido por fantasmas aún sin nombre que se convertirán en Hernani, Ruy Gómez de Silva, Don Salustio y Ruy Blas; por imágenes de sangre y oro, y por una «pequeña española, con sus grandes ojos y su espesa cabellera, su piel morena y dorada, sus labios rojos y sus mejillas